

IDEAS Y PALABRAS DE UNA ÉPOCA: LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1808-1814)

*José M. Vilar Pacheco*¹

PALABRAS PARA DEFINIR UNA ÉPOCA

Las palabras -además de herramientas de comunicación y convivencia, como lo son asimismo de persuasión- definen determinados periodos históricos de una sociedad o comunidad. Son claves y testigo, huella o memoria de determinadas épocas históricas y de la perspectiva ideológica y las vivencias de quienes las emplearon.

Constituye nuestro artículo tan solo una aproximación o acercamiento a aquellas palabras más o menos representativas del periodo correspondiente a la guerra de la Independencia, de la cual se vienen conmemorando desde hace algún tiempo los doscientos años. Dado el carácter aproximativo de nuestra exposición nos valemus tan solo de algunos textos escritos en la época desde la perspectiva española de este periodo bélico². Cabe apuntar, antes que nada, que pocas palabras son exclusivas del mismo; vienen de atrás, pero en cualquier caso adquieren en estos años significados más precisos o bien potencian su carga semántica. No obstante, como bien apunta el profesor R. Lapesa, «todo intento de caracterizar el lenguaje de una época o de un movimiento cultural es una tentativa peligrosa (...); sobre todo, cuando nos enfrentamos con el lenguaje de otros tiempos, (ya que) el observador se halla fuera de la realidad que estudia, y carece del sentimiento personalmente vivido de lo que en ella parece nuevo y representativo»³.

El aliado francés frente a Inglaterra se convierte ahora en el *aborrecido* enemigo común (*que profana el suelo de España, o pisa este suelo feliz, y se convierte en blanco predilecto de la furia popular*); enemigo al que se define con adjetivos como *sanguinario, feroz, arrogante, aborrecido, malvado* o *violador de nuestra tranquilidad y nuestros códigos*. Se descubren las *horribles tramas con que la Francia intenta esclavizar a España*. El país se abraza a *la Europa entera y a las Américas*; mientras jura

¹ Doctor en Filología. CECAL.

² Agradezco a J. M. Berges la ayuda bibliográfica prestada.

³ Añade R. Lapesa (1966-1967) que el investigador tiene que escrutar desde fuera, allegar datos sobre palabras y usos referidos, y a continuación reconstruir los complejos de vida y pensamiento en que tales formas de lenguaje se insertaban orgánicamente (pp. 11-12).

*eterna unión a la Gran Bretaña*⁴. La Francia y los franceses y su *fiera arrogancia* son, pues, el objetivo de la llamada *santa causa* o *causa nacional*.

Con el término *francesada* se conoce la invasión francesa de 1808, palabra que no registra la Academia hasta 1925, pero encontramos ya en escritores como R. de Mesonero Romanos; quien habla asimismo de *afrancesado* y *antiafrancesado* (menos común que *antifrancés*; desde 1847), es decir, los partidarios de los franceses, especialmente los españoles que en la guerra de la Independencia colaboraron con la monarquía de José I Bonaparte, y los contrarios a estos. Años antes, durante el periodo de la Ilustración, recibían el nombre de *afrancesados* quienes imitaban a los franceses en sus costumbres. Asimismo constatan los diccionarios la forma verbal *afrancesar*; pero, por el contrario, *antiafrancesado* no aparece registrado por la Academia. La palabra *afrancesado* se tuvo muchas veces como voz despectiva, aunque no tanto como *gabacho* o *franchute* (o *franchote*) para referirse a los franceses. La primera -del antiguo occitano- se documenta ya desde principios del siglo XVI; la segunda, sin embargo, es bastante reciente (RAE, 1925); ambas se consideran voces despectivas.

IDEAS, PALABRAS Y RETÓRICA EN MANIFIESTOS, PROCLAMAS Y OTROS RELATOS DE LA GUERRA

Como propio de todo periodo bélico y de agitación, el lenguaje del poder se muestra vehemente, encendido y retórico: la defensa del país va unida estrechamente al sentimiento religioso y monárquico en sus proclamas y manifiestos patrióticos, que nos recuerdan, por cierto, los de épocas más recientes. Así, el *Manifiesto de la Junta de Valencia* relata que

(1)

apenas llegó a esta Capital la noticia funesta de la renuncia arrancada en Bayona a nuestro amado Monarca, (quando) resonó por todas partes el grito de la lealtad. Un Pueblo numeroso, lleno de ardor y patriotismo, corre a presentarse a sus Magistrados, ofréceles gustoso sus vidas y sus haberes, declara la guerra a la Francia, y levanta pendones por el deseado FERNANDO SÉPTIMO (*sic*), que hace sus delicias, y en quien tiene puestas las esperanzas de su felicidad.

He aquí, en el fragmento anterior, términos claves para definir el sentimiento del país (y de su poder) ante las pretensiones napoleónicas y el estado en que se encuentra éste: términos como (*amado*) *monarca*, *pueblo*, *guerra*, *felicidad*, *lealtad* o *patriotismo* pululan indistintamente en los textos escritos durante esta época.

⁴ En esta época el uso del artículo ante nombre de país (*la Guinea*, *el Perú*...) era más frecuente que hoy en día. Encontramos asimismo referencias a las *Andalucías*, y a *los Algarves* y *Alentexo*, portugueses.



Portada del libro La provincia de Teruel en la guerra de la Independencia (Gascón y Guimbao).

En estos mismos escritos encontramos la relevancia que adquieren conceptos estrechamente vinculados a los anteriores:

(2)

los venerados nombres de Religión, Patria y Rey claman por los auxilios que podemos prestarles;

(3)

se renueva en vuestros pechos el odio a la tiranía, el amor al perseguido Fernando, y el valor y entusiasmo marcial con que habéis abatido la soberbia altivez del opresor de la Europa;

(4)

hagamos ver al universo lo que puede una nación que no quiere sufrir un yugo extranjero, que se ha empeñado en ser independiente, y en proteger la desgraciada suerte de su Augusto Soberano;

(5)

el deseo de defender la Religión, el Rey, y la independencia nacional;

(6)

estando invadida la Religión igualmente que la Patria, debe tenerse esta guerra no solo por política, sino por sagrada y religiosa⁵.

De ahí que el sentimiento de la patria se manifieste muy fuerte en estos años, como se muestra no solo en el empleo constante del término, sino en el brote de derivados como *patriota*, *patriótico*, *patriotismo*...⁶; asimismo se potencia el uso de *nación* y su derivado *nacional* (*la leal nación española*). La palabra *patria*, antes de cargarse de estratos emotivos y raciales, designaba en un principio tan solo el lugar de origen del *padre*, término con el que halla relacionado etimológicamente. Precisamente, en los textos consultados la palabra y sus derivados brotan emocionalmente por doquier:

(7)

¡Pero cuán poderosa es la voz de la patria oprimida! ¡y cuán fecundo en recursos es el pueblo cuando proclama su libertad y saliendo del sueño del sufrimiento rompe las cadenas del despotismo!

(8)

patriótica tarea; patria agradecida; llenos de patriotismo; tropas patrióticas; amor a la patria; ofrenda a la patria; contribuir al bien de la patria; ebrios de patriótico entusiasmo; libertar a su patria; las ruinas de la patria; se encuentran rasgos de amor a la patria dignos de las matronas de Roma; ofrecer sobre todo patriotismo y fraternidad; la noble entereza y el patriotismo; caridad patriótica; energía patriótica ... que desafía la vecindad de las bayonetas francesas; los enemigos de la patria; la Junta de buenos patriotas; la salud de la Patria es todo el fin y blanco de sus conatos y desvelos; todo lo suplió el patriotismo;

Otro ejemplo de la retórica empleada en la época la encontramos en ciertas imágenes y símiles: los franceses son comparados con Atila y con los indios caribes; y

⁵ *Reglamento para formar una Cruzada* (1809), a través de H. Lahoz (2007, p. 151).

⁶ R. Lapesa (1988, p. 411).



Ni por esas.
Fondo Ibercaja. Grabado de Goya. Serie "Los desastres de la guerra".

el general francés Henriot «cual otro Nerón cantó su triunfo al resplandor de las llamas»; ante tal imaginaria no es difícil que la invasión francesa se calificara de *funesta*, se considerara el honor español como *escupido y hollado*, y se hablara de la *ferocidad enemiga*, de *infeliz situación*, del *mal grande que padecemos* o de *tiempos de calamidad*.

Sin embargo, también leemos palabras menos exaltadas y más críticas, como las del escritor sevillano J. M. Blanco White (1808):

(9)

aunque mi amigo se estremecía a la idea de unir su destino al de los defensores del Pontífice y de la Inquisición, pronto olvidó todo interés personal ante un problema que enfrentaba un ejército extranjero y sus naturales amigos.

Señala más adelante que para su amigo «el carácter religioso que ha asumido la



Ilustración "La Flor de las Vegas" de Polo y Peyrolon.

revolución es como una densa niebla»⁷.

La retórica bélica asoma en: *silbaba la lluvia del plomo enemigo*; pero también una retórica mas dulce y literaria aparece, aunque excepcionalmente, como cuando Miguel A. Príncipe compara el Tremedal turolense con esa «especie de San Gortardo de ambas Castillas».

La recurrente imagen del *yugo* y la *cerviz* como signos de sometimiento del que liberarse empapa los textos producidos durante la guerra:

(10)

tiránico yugo de sus opresores; humillar la cerviz al yugo del infame de los tiranos;
el yugo del infame gobierno francés; levantó su cerviz generosa contra la opresión francesa; el yugo opresor; libertar a la patria del yugo de la opresión;

⁷ Prueba de aquel poder de la Iglesia es la anécdota que cuenta el propio Blanco White en esta misma carta: la muchedumbre de un pueblo extremeño habría matado a un detenido francés "si no hubiera mediado la intervención del vicario, el cual, con la hostia consagrada en sus manos, lo puso bajo la protección de aquel talismán poderoso".



El Empecinado.

Sistemáticamente quedan destacadas ciertas palabras (y los conceptos que encierran) que se asocian a los defensores y a los enemigos. A los españoles se vinculan términos como *héroe*, *campeón* («campeones, víctimas del patriotismo»), *valentía*, *sacrificio*, *valor* («contra el tirano que arrancó de sus brazos a su idolatrado Fernando Séptimo»; «tropas valerosas»); así como la *bizarría* y *denuedo* («de nuestras tropas»), la *bravura*, el *arrojo* («de los españoles»), el *honor* y el *patriotismo* o la *fidelidad* («fieles vencedores»). Los aragoneses, por ejemplo, se definen como un pueblo *valiente*, *incontrastable* y *fiero*. Frente a estas palabras que ensalzan las virtudes españolas, se subraya la *altivez* («la soberbia altivez del opresor de la Europa»), la *maldad* de «los enemigos, que roban nuestras casas, nuestras mugeres, y hasta nuestros copo-

nes»; el *saqueo*, la *perfidia* («la negra perfidia con que el Emperador de los Franceses había engañado a la leal nación española»; «los pérfidos y mortales enemigos»), la *cobardía* en su huida, la *rapacidad*, la *audacia* - ante la cual, sin embargo, Molina y los molineses, por ejemplo, le imponen respeto-, la *ambición* francesa, la *barbarie* (*refinada*), el *intrusismo*, la *ferocidad enemiga*; y se habla de *las huestes del tirano* así como de *la tiranía sorda y exterminadora* de los franceses, *perturbadores de la paz del mundo*. El término *revolución* se emplea tanto para designar el levantamiento contra Napoleón, como en el sentido más específicamente político de subversión de los principios del antiguo régimen (M. C. Seoane, 1968, p. 40); sin embargo, *insurrección* (y el derivado *insurgente*) es más frecuente que *revolución* para designar la resistencia nacional a lo convenido en Bayona. En nuestros textos encontramos ejemplos de estos dos usos:

(11)

insurrección contra los aborrecidos franceses; insurrección contra el poderío francés; insurrección sacrosanta; insurrección nacional; decididos insurgentes; logro de los santos fines que se ha propuesto el pueblo con su memorable revolución.

Ligadas a estas voces aparecen también las de *alzamiento*, *resistencia* (*el heroísmo de la resistencia*), *pronunciamiento*, *agitación popular*, con las que se propician valores y logros apasionados y fundamentales, ligados nuevamente al sentimiento religioso:

(12)

La divina providencia en medio del calor del levantamiento sugirió una idea tan benéfica, sin la qual sería imposible el conseguir la salvación de la patria.

A todos parece igualar el rechazo al francés, la revolución iniciada:

(13)

En la primera época de nuestra revolución la anguarina del Gallego, la camisa y calzoncillo suelto del Valenciano, la chupa del Castellano, y hasta el pellico del pastor, y el hábito del Religioso se convirtieron en uniformes;

(14)

todos a porfía tomaron la escarapela roxa, y ofrecieron sostener con sus vidas la Religión y el Trono.

Todos toman las armas:

(15)

los honrados labradores, los virtuosos artesanos, y los nobles llenos de patriotismo... nos libertaron de la pesada esclavitud que nos amenazaba;

(16)

los labradores, los caballeros, los artesanos, los solteros y los casados sin distinción de edades compitieron a porfía el honor de alistarse.

Los manifiestos resaltan implícitamente el indefinido *todos*:

(17)

En él peleó el anciano con más ardimiento que el joven; el sacerdote fortaleció a los tímidos, alentó a los valientes, y peleó también; el sexo débil (*sic*) corrió a las baterías, suministró socorros, se despojó de sus vestiduras para servir los cañones, y miró sin lagrimas la muerte de sus hijos y de sus esposos.

Esa idea de unidad y fraternidad (a través de *todos*) volvemos a encontrarla en la carta que remite la Junta de Molina a la de Valencia en 1809:

(18)

En una estación en que la tierra estaba cubierta de nieve y yelos, y sin cesar de llover debieron el poderoso y el mendigo, los Sacerdotes y los artesanos, los miembros de la Junta, las Religiosas, y toda clase de personas formar una sola familia, sin oír mas que votos al Dios de las misericordias por la suerte feliz de la patria y la de nuestro Soberano.



Guerrillas Españolas.
Grabado del libro de Miguel Agustín Príncipe.

Términos distantes quedan ligados y abrazados en los textos: *remite la razón a la espada; se aúnan la capucha y la espada; se destierra la guerra y se siembra la paz...*

ARMAS, EJÉRCITO Y OTROS TÉRMINOS DEL LENGUAJE MILITAR

La maquinaria de guerra puesta en marcha queda detallada en los manifiestos e informes de las Juntas, quienes dan cuenta de las aportaciones para la defensa y lucha: relaciones, a veces, minuciosas, de armas, pertrechos o aprestos militares empleados. De ahí que numerosos términos relacionados con lo militar y la guerra aparezcan en los textos:

(19)

bayonetas y baynas de bayoneta; fusiles y caxas, cartuchos y llaves de fusil; baquetas de hierro; cañones de artillería de bronce; tercerolas ('especie de carabina mas corta que las de encaro'; 1739) y carabinas; espadas y sables; máquinas para

barrenar cañones; cureñas de todos calibres ('especie de carro en que se pone el cañón de artillería, o el mortero para que se pueda mover de una parte a otra'; 1780); arcones de municiones; atacadores; espeques ('especie de palanca de que se sirven los artilleros para mover las cureñas')⁸; guardamechas y botafuegos; escobillones; cucharas; obuses; tiros; chuzos; balas y granadas; vitolas (1884; 'plantilla de madera o de hierro que sirve para calibrar balas de cañón o fusil'); clavos de acero y cobre para clavar cañones; espoletas; tren de artillería ('conjunto de la artillería'; 1803); cananas (1822; 'cartuchera que se lleva ceñida al cuerpo')...

A veces bastan tan solo algunas *armas enmohecidas* o *inservibles escopetas*, junto a *chuzos* y *hondas* fabricados en el país («estos fueron los instrumentos bélicos con que Molina impuso respeto a la audacia francesa»)⁹. O bien «esgrimiendo cuantas armas habían hallado a su alcance, como hoces, picos y otros aperos de labranza», según relata el escritor Blanco White (1808) en su viaje a Extremadura.

Curiosamente, muchos términos militares son de procedencia francesa, desde la que han ido incorporándose al castellano desde hace siglos o a través de ella.

Detengámonos en algunas de estas palabras: *bayoneta* ('arma blanca que usan los soldados de infantería, complementaria del fusil') es palabra francesa, derivada a su vez del nombre de Bayona, donde se fabricó primeramente; procedimiento de formación de palabras similar al observado en formas como *ros* o *lepanto*¹⁰, nombres comunes procedentes de nombre propio. Se trata de uno de los galicismos incorporados al castellano durante los siglos XVI-XVII; junto a otros términos militares como *ataque*, *batallón*, *batería*, *brecha*, *carabina*, *coronel*, *piquete* o *retén*. Pero es, sobre todo, a partir del siglo XVIII cuando se intensifica la presencia de palabras francesas en castellano (*brigadier*, *retreta*, *batirse* o *pillaje*, referidas al ámbito militar)¹¹. Entre estas se encuentra la voz *fusil*, que se documenta desde finales del siglo XVIII como 'escopeta larga de que usan los soldados de infantería y dragones' (1780). La palabra *obús* se documenta en el diccionario a partir de 1822 ('artillería; especie de mortero largo, de 7 a 9 pulgadas de diámetro, montado sobre cure-

⁸ Por razones de espacio tan solo anotamos el significado de algunas de las palabras aquí apuntadas; para la datación de las mismas empleamos las fechas ofrecidas por la RAE, no siempre fiables. Véase J. Corominas y J. A. Pascual, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Madrid, Gredos, 1980.

⁹ Hasta sartenes y sartenazos pudieron usarse como defensa y arma (como apunta A. Moreno _1983_ al hablar de la ciudad de Albarracín). Este mismo autor atribuye al alcalde afrancesado de Albarracín la frase «quemad, quemad la jaula, que así no volverán los pájaros», con la que instigó a los franceses a quemar la ciudad.

¹⁰ Nombres de gorras militares, procedentes del apellido del general Ros y del topónimo Lepanto, respectivamente.

¹¹ R. Lapesa (1988, p. 392 y 434).



*Restos de la ermita del Tremedal. Familia Perona Miguel, años 60 del pasado siglo.
(Fotografía facilitada por Carmen Perona).*

ña...'); también pasaría a designar esta palabra el proyectil lanzado por este mortero u otras piezas artilleras; por su parte, *húsar* figura desde 1803 como 'soldado de caballería vestido a la húngara'. La palabra *convoy* (y pl. *convoyes*) se documenta desde 1641 (también del francés, 'escolta de soldados' y 'conjunto de buques o carruajes, efectos o pertrechos escoltados').

Referidos a la jerarquía y oficios militares proceden del francés: *brigadier* ('inferior en grado al mariscal de campo'; 1726); o *edecán* (y plural *edecanes*), que se registra desde 1791 como 'oficial militar, cuyo oficio es llevar y comunicar en el ejército las órdenes del General de quien es edecán. Es voz francesa recientemente introducida'; e igualmente *guardia de corps* 'es voz puramente francesa'; desde 1729 designa a quienes están al servicio de la persona del Rey como guardia; *mariscal de campo* (del antiguo francés, siglo XIV), la registra la RAE en 1734 como 'oficial general, inferior en el grado y en las funciones al Teniente general'. Llama la atención la voz *voltigueurs* («perdonésemme esta palabra francesa hablando de cosas de España», comenta M. A. Príncipe al emplearla en su *Historia*), con la que se designa a los soldados de élite del ejército napoleónico.



Y no hay remedio.
Fondo Ibercaja. Grabado de Goya. Serie "Los desastres de la guerra".

El ejército lo componen unidades (*compañías, batallones, regimientos, escuadrones, o divisiones*) de *fusileros, lanceros, coraceros, granaderos, dragones* (1732; 'soldado que hacía el servicio alternativamente a pie o a caballo'), *húsares* o *zapadores-minadores*; y se nutre asimismo de *voluntarios, levas, quintos* y *quintas*. Intervienen asimismo las *milicias* (como la compañía de *Milicias Honradas*), *cuadrillas, escopeteros* o *tiradores*, *tropas transeúntes* o *dispersas*, los *cuerpos francos*, las *partidas de Cruzada* (es decir, las formadas por religiosos) o los *miñones* o *fusileros de Aragón*.

Palabras como *guerra* (desde época visigoda) y (su derivado) *guerrilla* (en el XVI) ya formaban parte del castellano, no así *guerrillero* (palabra que registra el DRAE hacia 1808, coincidiendo con la actuación de estas *partidas* o grupos armados); en 1837 la RAE define el término como 'soldado de guerrillas'; mientras que la edición de 1843 amplía su sentido al de 'paisano que sirve en alguna guerrilla', admitiendo el carácter civil de la misma.

En cuanto a *guerrilla*, la RAE perfila su significado en 1817 como ‘partida de tropa ligera que hace las descubiertas y rompe las primeras escaramuzas’, y amplía el sentido del término en su edición de 1843: ‘partida de paisanos, por lo común no muy numerosa, que al mando de un jefe particular y con poca dependencia de los del Ejército acosa y molesta al enemigo’.

Lo mismo ocurre con la palabra *partida* que ve ampliado su significado original (‘cierto numero de soldados con su cabo que se nombran para alguna facción’, 1737) al de ‘pequeño grupo de tropas que hace la descubierta’, ‘grupo de paisanos armados sin mando militar superior’, o ‘conjunto poco numeroso de gente armada con organización militar o semejante’. Se menciona asimismo a los *dispersos* (‘se dice del militar que por fuerza mayor o voluntariamente se encuentra incomunicado o disgregado del cuerpo al que pertenece’), y la *descubierta* (‘mil.; reconocimiento que hace la tropa para inquirir la situación del enemigo’), o las *sorprendidas*.

Se habla de *apostados* (paisanos que dispuestos de media en media legua en los caminos se pasaban pliegos, recados y confidencias; de *apostar* ‘situar a una o más personas en un determinado lugar para un fin concreto’), así como de *apostaderos*¹². Aparecen asimismo términos como *expresos* ‘correos extraordinarios, despachados con alguna noticia o aviso particular’ (1780) o *pasavantes* (‘parlamentarios’; 1822; de *pasar* y *avante*; aunque también con el sentido de ‘documento que da a un buque el jefe de las fuerzas navales enemigas para que no sea molestado en su navegación’); y se alude al *somatén* (1803): ‘compañía de gente armada y mantenida a costa de algún pueblo, ciudad o provincia para defenderse del enemigo’.

Pero también de la intendencia, de los víveres y subsistencias para provisión de los combatientes dan cuenta los manifiestos e informes de las Juntas:

(20)

pipas de vino y aguardiente; fanegas y cahíces de trigo; arrobas y quintales de bacalao, tocino o paja; libras de arroz o manteca; medias de cebada; onzas de pan; celemines de avena;

y casacas, casacones, capotes, sargas, varas de paño pardo, calzones, botines, alpargatas o ponchos (palabra registrada por la Academia en 1803 como ‘alfonso o sayo sin mangas que se pone por la cabeza a modo de casulla’).

¹² H. Lafoz (2007, p. 30). Sobre esta palabra, J. Caruana (1959, p. 104) indica que debió de ser de uso común en la época, pero al correr de los siglos desapareció su uso. Según este autor, «se llamaba así a las personas que encuadradas ya por medio de alistamiento eran enviadas en misiones especiales de reconocimiento, espionaje, y en todas direcciones para observar los movimientos del enemigo (...) estableciendo servicios de correos (postas)...».

DE MENACHO A LA PEPA: LA FRASEOLOGÍA EXALTADA DE UNA ÉPOCA

En cuanto a los gritos ('manifestación vehemente de un sentimiento general') cargados de valor ideológico, hallamos asimismo en nuestros textos algunas referencias apasionadas: gritos de guerra que encierran y resumen el ánimo ideológico de quienes los profieren y alientan, como el reflejado y comentado por Miguel A. Príncipe:

(21)

Ese grito de guerra fue *el rey*; esa fórmula decía, *Fernando*; esa voz de *Fernando* encerraba cuanto hay de más lisonjero en la tierra; independencia, libertad, leyes, religión, patria, honra; todo significaba y decía...; ¡todo al menos lo quería decir!!! Desde la montaña de Jaca hasta las columnas de Hércules, desde La Coruña a Valencia, una voz, un acento, un grito solemne se oyó: ¡*Viva Fernando VIII!* ¡*Mueran los franceses!*

Aunque no corresponda a esta época, cobra en ella especial relevancia en los escritos "como lema guerrero" la conocida frase *vencer o morir*; o la de *guerra, guerra, morir antes de rendirse*.

En otras ocasiones se clama *venganza*:

(22)

Sí, *venganza* piden la Religión ultrajada, el honor virginal violado, la propiedad destruida, la fe rota de los tratados, las leyes de la amistad atropelladas... *Venganza* piden los bravos...

Y de ahí que acto seguida se solicite que «juremos derramar hasta la última gota de sangre antes que ceder a la opresión».

La guerra de la Independencia propició a la fraseología del castellano algunas expresiones que se hicieron famosas y han perdurado desligadas ya de su primer sentido o del contexto histórico en que surgieron.

Una frase alusiva al horror y convulsión del inicio de la guerra (el dos de mayo de 1808, fecha de los fusilamientos de Madrid retratados por Goya) es la de *aquí va a haber* u *organizarse un dos de mayo* (poco documentada, sin embargo, en los repertorios lexicográficos), que se ha empleado para referirse a hechos o situaciones extremas y de gran agitación, revuelo o gravedad.

Con el nombre de *la Pepa* se bautizó a la Constitución de 1812 promulgada el día de San José por las Cortes de Cádiz. Cuenta J. M. Carandell (1998, p. 221) que se eligió esta fecha deliberadamente para oscurecer la onomástica de José Bonaparte. Con la frase *viva la Pepa* se expresaba el rechazo al absolutismo. Una vez olvidado su significado político, pasó a expresar todo estado de despreocupación o desentendimiento.



*Pepino.
Ilustración del catálogo de la exposición
"Miradas sobre la Guerra de la Independencia".*

La frase *Vivan las ca(d)enas*, en oposición a la de *Viva la Libertad*, se atribuye a quienes expresaban la adhesión a Fernando VII a la vuelta de su exilio francés. Añádanse las de *Trágala* (en contra del absolutismo), *Así se las ponían a Fernando VII* (es decir, con mucha facilidad; y de ahí que se aplique a aquellas situaciones en que se facilita alguna cosa a alguien), o la de *¡Viva Fernando! Y vamos robando* (alusiva a los robos y atropellos cometidos por los partidarios del absolutismo). Menos conocida es la expresión *Viva la patria, Menacho*, surgida también a raíz de la guerra de la Independencia; frase que, según J. J. Álvarez, se atribuye al general Rafael Menacho, defensor de Badajoz, con la que se negó a las pretensiones francesas de rendición de la plaza extremeña. Dicha expresión pasaría a significar más tarde que uno está dispuesto a llevar adelante su resolución con todo empeño.

A lo largo de estos años se perfila -e irá perfilándose paso a paso- el sentido y significado de términos como *pueblo*, *patria*, *nación* o *revolución* (véase M. C. Seoane), incluso *libertad* o *independencia*; adquiriendo diversos grados de connotación y reflejando el pensamiento e ideario de una época y de una sociedad, en este caso la del periodo histórico de la guerra de la Independencia.



Chamorro.
Grabado de Miguel A. Príncipe.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, J. J., *El ejército, las armas y la guerra en el lenguaje coloquial*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2000.

CARANDELL, L., *Diccionario de la española*, Madrid, Maeva, 1998.

CARUANA GÓMEZ DE BARREDA, J., «La Sierra de Albarracín durante la Guerra de Independencia», *Teruel*, 21, 1959, pp. 93-134.

GOYTISOLO, J., *Obra inglesa de Blanco White*, Barcelona, Alfaguara, 1999.

LAHOZ RABAZA, H., *El Aragón resistente. La guerra de la Independencia en Aragón*, Zaragoza, Comuniter, 2007.

LAPESA, R., *Historia de la Lengua Española* [1942], Madrid, Gredos, 1988 (9.ª ed.).

LAPESA, R., «Ideas y palabras: del vocabulario de la Ilustración al de los prime-

ros liberales», en *El español moderno y contemporáneo*, Barcelona, Crítica, 1996, pp. 11-42.

Manifiesto que hace la Junta Superior de observación y defensa del Reyno de Valencia... Año 1809 (Valencia, Librerías París-Valencia, 2005).

MORENO MURCIANO, A., *Albarracín. Ciudad histórica y monumental: historia, artes, costumbres populares, etnografía e itinerarios por la ciudad y la comunidad*, Barcelona, 1983.

PRÍNCIPE, M. A., *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época, 1846-1847* [en www.cervantesvirtual.com].

RAE : REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* [en www.rae.es].

SEOANE, M. Cruz, *El primer lenguaje constitucional español*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1968.